

La gesta social de la UNEY

Por: Israel Jiménez Emán

Creo que es justo y necesario hacer un alto en esta pequeña y digna batalla que hemos sostenido con la invisibilidad. La incapacidad, la falta de entendimiento para separar la razón de la realidad de la que sufre la pequeña política y esa especie de enfermedad psicopática que alimentada por la envidia pueblerina no deja ver, así como esa forma de venganza que es el lamentable costo que tienen que pagar los jóvenes por los excesos de información y las nuevas velocidades del tiempo humano, nos obligan a enfrentarlas de manera serena. Por supuesto, también hemos debido lidiar con las miserias humanas, que se cuelan en esta veloz historia, completicas con todo y cyberbañales y sobre las que no podemos hacer un alto; de éstas, hablaremos en otra ocasión.

Las nuevas epopeyas no necesitan siglos para ser conocidas y cantadas. Hemos nacido de una nueva rítmica épica, disonante, esa palabra de Adorno que llevamos algunos por dentro y que tanto me gusta utilizar para la historia. Esta nueva forma comprimida en la que fluyen los hechos en el tiempo, hace que la historia, por ejemplo, penda de un hilo cada vez más fino, que logra que todo suceda tan rápido que pareciera que no sucediera nada. Sin embargo, nuestra pequeña gesta que ha llevado una década forjarse no podrá ser tan fácilmente virtualizada, invisibilizada, ni borrada, por la sencilla razón de que su esencia no reside en los megabites de memoria, ni de la velocidad ram. Ni mucho menos en el aparente orgullo de haber creado las “novedosas” carreras de computación, ingeniería de sistemas, o un instituto de altos estudios de gerencia, para satisfacer la costosísima necesidad que significa que un ciudadano no se sienta campesino a través de la obtención de un título universitario, parafraseando a Zaíd.

Sí. Somos disonantes, pero por favor, no vayan a correr y buscar la definición que da el diccionario de la Real Academia. Nuestro trabajo se ha venido expresando a lo largo de un proceso social, de una realidad que la sociología positiva no es capaz de escuchar; es un trabajo que inclusive para algunos de los nuestros es complicado de asimilar, por eso que llaman la inercia de falsos valores, que no es nada más que algunos “grillos” o como llaman hoy “chips con virus” que nos cuesta sacarnos de la cabeza. Es sencillamente que nos hemos rebelado en contra de la aparente armonía que luce la universidad venezolana, que dice estar en sintonía con los cambios, pero hace lo que sea por mantener la misma estructura de hace casi un siglo.

Tenemos una matrícula de más de 1500 jóvenes, casi en su totalidad de muy bajos recursos, todos con cobertura médica, con más del 50% (quizá el más alto del país) recibiendo compensaciones (becas, preparadurías, pasantías, ayudantías) y más del 40% recibiendo alimentación. Nuestro presupuesto se destina casi en su totalidad a proyectos y programas para ser construidos con la comunidad. Proyectos como “La municipalización de la educación”, “La UNEY, bastión de apoyo de las misiones educativas”, los programas “La lectura vuelve a casa”, “El ajedrez en las escuelas” o el “Darcy Ribeiro”, o la hermosísima y única experiencia en universidad alguna, La Comuney (en la que compartimos responsabilidades y luchas por igual, obreros, profesores y administrativos) entre otros, son muestra de ello. Es decir, que lo que escasea en otras universidades, sobra en la nuestra: dentro, pero sobre todo fuera del aula, tenemos una sólida dirección intelectual, nos debatimos y aprendemos del constantemente nuevo tejido social, nos fajamos con ideas sociales que van naciendo y

las contrastamos y discutimos filosófica y estéticamente, en nuestra “filosofía de la práctica”

Pero hay algo que vale la pena resaltar hoy como parte central de esta gesta, la creación de un nuevo Espacio Académico que directamente toca fondo en el tema social. Se trata de “Creación y gestión social”, el espacio que iniciará el lunes 28 de mayo con una cátedra que lleva igualmente su nombre. En ella los estudiantes de cada uno de los otros tres Espacios Académicos (EA) (léase en lengua muerta y anacrónicamente hablando Facultad), estudiantes no formales (albañiles, carpinteros, artesanos, mecánicos, amas de casa, madres productoras) compartirán en un mismo salón de clases, la múltiple experiencia de estar con varios profesores a la vez de diferentes EA, con invitados de la comunidad, discutiendo en foros, analizando en talleres los temas que en el sentido común social de hoy palpitan: el de las virtudes públicas en contraposición a las privadas, lo que hace según los griegos, que las cosas nos salgan bien, si el fin común que perseguimos es el bien.

Tenemos la esperanza de que este nuevo esfuerzo que ya está sembrado en las aulas, en los consejos comunales y comunas, logre romper la mezquina e invisible barrera de la pequeña política, de la insana envidia de algún anacrónico decano o de un minúsculo y huérfano grupo de autosegregados y “agremiados” profesores.